

CIRO B. CEBALLOS

EN TURANIA

RETRATOS LITERARIOS
(1902)

ESTUDIO PRELIMINAR, EDICIÓN CRÍTICA, NOTAS E ÍNDICES

LUZ AMÉRICA VIVEROS ANAYA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO, 2010

ÍNDICE GENERAL

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO	VII
ESTUDIO PRELIMINAR	
RETRATOS LITERARIOS PARA UNA GALERÍA DEL MODERNISMO MEXICANO	XI
Ciro B. Ceballos: pintor de sus contemporáneos	XIII
¡Defended la Belleza! Ése es vuestro deber	XVI
La tradición del retrato literario	XXII
¡Alboreará un Termidor!	XXXIII
Peregrinos de Turania: razones de un título	L
No caben vinos nuevos en viejos odres: la recepción inmediata de EN TURANIA	LIV
¡No muramos sin haber luchado...!	LXV
 Bibliohemerografía	 LXIX
ADVERTENCIA EDITORIAL	I
EN TURANIA, DE CIRO B. CEBALLOS	3
Balbino Dávalos	11
Julio Ruelas	29
Amado Nervo	49
Jesús E. Valenzuela	73
José Ferrel	97
Heriberto Frías	117
Rafael Delgado	135
Bernardo Couto Castillo	155
Jesús Urueta	175
Alberto Leduc	195
 ÍNDICES	
Índice de nombres	LXXVII
Índice de obras	LXXXVII
Índice de personajes	XCIII

RETRATOS LITERARIOS PARA UNA GALERÍA DEL MODERNISMO MEXICANO

Ciro B. Ceballos publicó en 1902, desde la Cárcel de Belén, un libro de retratos literarios a manera de ruidosa despedida del mundo artístico. Gran amigo de los más renombrados escritores del cambio de siglo, Ceballos optó por el periodismo político que lo llevó, primero, a la bartolina, pero más adelante a ser diputado constituyente. EN TURANIA reúne el trabajo de siete años; cada pieza biográfica consigue enfocar, en primer plano, al artista y también al mundo cultural que se agita a sus espaldas. Las semblanzas que dedica a quienes fueron sus amigos en la auténtica *belle époque* de su vida —los primeros años de *Revista Moderna*— tienen la marca indeleble de la pasión con que un grupo de literatos defendió el modernismo hasta los últimos días del siglo XIX.

Un pintor y nueve escritores inspiraron los medallones con que Ceballos inmortaliza gestos inéditos de artistas a los que la crítica ha vuelto en últimas fechas. Julio Ruelas y Bernardo Couto Castillo están retratados como absolutos decadentistas cuya genialidad asombró a su siglo; Jesús E. Valenzuela, como el generoso mecenas de la *Revista Moderna*; Jesús Urueta, como el príncipe de la palabra, el orador más impresionante de su época; Alberto Leduc, Heriberto Frías y José Ferrel, como periodistas férreos en sus convicciones, con una valentía inusitada frente a la empleomanía porfirista; Amado Nervo, como hombre de cristal, poeta espiritual y sublime, en quien reconoce al Virgilio de su iniciación literaria; Balbino Dávalos, con quien abre el tomo, como el poeta que abanderó talentosamente el inicial decadentismo; y Rafael Delgado, como hombre de oro, novelista impecable, ilustrado y bondadoso.

Los textos conocen en 1902 su versión final. Varios de los retratos literarios vieron la luz años antes en *El Nacional*, en *El Universal* o en la *Revista Moderna*. Reunidos en el libro EN TURANIA cobran una fuerza nueva al iluminarse unos a otros y presentar, como una constelación, al grupo de artistas que llevó las letras mexicanas a los cuernos de la luna. Julio Ruelas, con sus dibujos, más que ilustrar reinterpretó —dándole mayores alcances— una de las primeras revistas que difundieron la postura estética más importante de las letras hispanoamericanas hasta entonces: el modernismo. Ciro B. Ceballos, a modo de Velázquez en *Las meninas*, aparece también en el cuadro. Es un pintor a medias simbolista a medias expresionista, que con la sola palabra llevará el ditirambo hasta las alturas del Monte Himeto o las diatribas hasta los círculos del Infierno. La procacidad y el escarnio que gasta Ceballos no se detienen ni ante el sentido común del posible encarcelamiento por injurias; ¡pero de qué forma están dichos sus impudores! Él no es inocente de saberse dueño de la palabra nueva que crea y que hierde, por algo le apodaron Ciro el del Verbo Nuevo y Ciro el Mordaz; e incluso alguna vez afirmó: “Mi desprecio por la hipocresía es tan inmenso, que nunca he vacilado en llevar mi sinceridad hasta el cinismo”.¹

Pero EN TURANIA no es el grito de un loco que predica en el desierto. La plasticidad de su prosa hoy puede hacer aparecer como inusitadas sus defensas y sus ataques: ¿contra qué o a favor de quiénes? Páginas más adelante señalaré la importancia que las famosas polémicas del modernismo tuvieron para el presente rescate. Son artículos periodísticos que el paso del tiempo llenó de polvo y sin cuyo referente el proyecto de semblanzas de Ceballos no se explica. La labor de las editoras que rescataron y trajeron al escenario, de nueva cuenta, aquellas polémicas que tanta encendida tinta hicieron correr en ambas trincheras,² es lo que en realidad iluminó el olvidado tomito y

¹ Ciro B. Ceballos, “El cerdo azul”, en *El Universal*, año xv, núm. 32 (16 de junio de 1901), p. 2.

² Me refiero a las polémicas sobre el modernismo recientemente rescatadas y reunidas en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (edición y prólogo), *La construcción del modernismo*.

permitió ver a Ceballos, por primera vez, no como un gran amargado sino como un hombre de enorme energía; escritor de clara inteligencia enojado frente al callejón sin salida que, para el intelectual, ofreció el Porfiriato en su ocaso. “Torbellino de aborrecimientos” me parece la definición exacta de su resolución implacable por construir para el artista un mundo de utopía, una Turania donde consiguiera el escritor un objetivo moderno: ser un intelectual de tiempo completo, profesionalizar su escritura.

CIRO B. CEBALLOS: PINTOR DE SUS CONTEMPORÁNEOS

Un retrato ejecutado a lápiz, de 1899, muestra un joven cercano a los treinta años con gesto adusto y mirada fija y escudriñadora. Julio Ruelas dibujó a Ciro, tal vez, bajo la luz del foco eléctrico de una taberna que vendía cerveza fría y ofrecía divanes blandos. Ciro se deja retratar, pero él observa con meticulosidad a sus compañeros. Choca con Ruelas su vaso mascullando *prosit!* a cada sorbo, mientras escribe que, en un rincón de ese improvisado *caboulot*,

ha confeccionado Amado Nervo muy graciosos epigramas y muy sugestivas paradojas, Bernardo Couto ha depuesto muchas veces el alcohol y el bromuro ingurgitados, haciéndonos creer que como la ninfa Aretusa, era convertido en fuente, y Rubén Campos, sacudiendo la melenilla, lamentando su impecune e iluminando con sonrisas de bonhomía dionisiaca su empecinado rostro de tolteca, nos ha hablado hasta el fastidio de su enferma vida sexual, de las noches rojas en que, espoleado por la satiriasis, se ha debatido en el tálamo del contubernio osculando la irritada areola de los pezones de alguna calipigia en brama.³

Ciro llevaba por lo menos un lustro de conocerlos y de pasar con ellos muchas tardes en el lugar de reunión por excelencia: el bar. Un año atrás había fundado con algunos de ellos la *Revista Moderna* en la que colaboró con una serie de “Seis apologías”, y él llevaba un lustro publicando semanal o quincenalmente relatos en *El Nacional*

³ Ciro B. Ceballos, “Julio Ruelas”, EN TURANIA, p. 32 [a partir de aquí cito de la presente edición].

y en *El Mundo Ilustrado*.⁴ Dejó la escuela de jurisprudencia para dedicarse de lleno al periodismo cuando sintió la aprobación de algunos de sus cercanos amigos escritores que lo alentaban. Amado Nervo —según reconoció en 1901— fue el que lo llevó por primera vez “a las redacciones de los periódicos, a los cafetines, las cervecerías, a las bibliotecas, a todos los puntos de conjunción de hombres de pensamiento y de saber”.⁵ A él dedicó la primera de sus críticas —conocidas hasta ahora— sobre *El bachiller* (1895), polémica novela corta que diera gran popularidad al poeta y cronista.

Antes del cambio de siglo, Ciro había publicado un par de libros: *Claro-oscuro* (1896) y *Croquis y sepias* (1898). Son dos grupos de relatos con cierto influjo de la novela psicológica de Bourget, de la producción de efectos de Poe y de los finales sorprendidos de Catulle Mendès, en que ensaya un estilo severo, puntilloso y combativo. Ceballos forjaba un estilo que habría de singularizarlo más tarde. Las estrategias narrativas y los temas —escabrosos y con toques naturalistas— lo acercaban a una estética muy criticada por entonces, pero que sin duda abrió el camino de la libertad literaria: el decadentismo. Marchó, junto con Bernardo Couto, en el mismo ideal de renovación verbal y temática que hoy consideramos plenamente modernista. Couto se refirió al primer libro del “doloroso Ceballos” como: “cruel, áspero y desnudo como la carne desgarrada sobre la plancha del anfiteatro [...], miserias bien vistas y expresadas en saliente y enérgica prosa”.⁶ La publicación de los diez relatos de *Claro-oscuro* tuvo la crítica de nombres como Amado Nervo,

⁴ Entre los relatos más tempranos que conozco de Ceballos figuran “Eterna noche”, “La viajera”, “La duda”, entre muchos más publicados a partir de agosto de 1894 en *El Nacional*. Si bien muestran los inicios y vacilaciones del novel escritor, también hay ya las semillas de una poética que habría de desarrollar años adelante. Sus relatos pretenden ensayar “estudios de caso” que paulatinamente incorporan el elemento efectista. Son escasos los estudios sobre la narrativa decadentista en México; conozco dos muy interesantes: Ana Laura Zavala Díaz, “Lo bello es siempre extraño: hacia una revisión del cuento modernista de tendencia decadente (1893-1903)”, y Coral Velázquez Alvarado, “El rescate del mundo interior: un análisis de la obra de Bernardo Couto Castillo”, *vid.* BIBLIOHEMEROGRAFÍA.

⁵ Ciro B. Ceballos, “Alberto Leduc”, EN TURANIA, p. 196.

⁶ Bernardo Couto Castillo, “Francisco M. de Olaguibel, *Oro y negro*”, Bernardo Couto Castillo, *Cuentos completos*, p. 98.